



Pornografía, erotismo, obscenidad, palabras a las que, como dijo Picabia de la moral, no les quedan bien los pantalones: palabras todas que se debaten, no menos que aquello de lo que son signo, entre la satanización y la permisividad; palabras que remiten a o son escamoteo finalmente de lo que Foucault ha llamado "la voluntad de saber"; palabras que cercan y a la vez ocultan: obscenidad, pornografía, erotismo: detección, grafismo del deseo, *escritura de las putas* (rabiza, hetaira, callonca —protéjase en su eufemismo), ejercicio de una territorialidad intermitente y postergada, cargada de culpa si bien central, dinámica aunque vacilante.

Si es el sexo una realidad natural, la pornografía y sus variantes son floraciones de la cultura. De ahí que sean merma de los puntales de la tribu, pues siempre apuntan hacia nuestras más ocultas posposiciones, hacia los devaneos de nuestra soledad. De ahí que para el individuo sean morosa delectación de los sueños y otros rezagos veleidosos, pudor de su sociabilidad, solfíto lastre de su decencia. Son también (Nuestro deber es ser humanos: violemos los principios —Greene) el resumidero de las encontradas proposiciones surgidas del Derecho, la Medicina, la Antropología, la Psicología, los Manuales de Urbanidad y la Legislación Canónica. De Cinulco a Freud y a la nota roja, de los procesos contra Flaubert, Sade, Baudelaire a la industria porno, un desacuerdo fundamental robustece el malentendido que satura las relaciones entre el placer y la sociedad. La mano que viste a La Diana fracasa al espantar en el mismo movimiento los cuernos sodomitas de su propia castidad: ¿dónde comienza el erotismo y cesa la obvedad pornográfica? ¿qué hace de la genitalia una obra de arte, o viceversa? ¿qué, quién, cómo establece la distancia entre lo público y lo púdico, lo vestido y lo desnudo?

La discusión sólo puede arrancar del conocimiento, no del clandestinaje, de la asunción que no del solapamiento de los amplios avatares de la materia erótica.

Imposible hablar del sexo sin posar un poco. Ante el sexo y su cultura siempre somos inocentes. "Desafiamos el orden, nos sabemos subversivos" dice, otra vez, Foucault, pues, históricamente, estamos ante el secreto que incita, conmueve y *siempre está ahí*.

No todo lo que contiene este número es o quiere ser pornográfico, o erótico u obsceno; de serlo en serio, además, se sancionaría en "lo culto". Creemos que quieren ser muestras, sí, modos de poner en relieve el secreto, el placer de escriturarlo, de participar en la mecánica misma de las incitaciones.

*La redacción*